



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Csés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Terolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATSCA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.— Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torressecas, 5, principal, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.—Elogio del Excmo. Sr. D. Jerónimo Borao, pronunciado por D. Antonio Sanchez Moguel.—Conclusion.
- II.—La Giralda (continuacion), por D. Faustino Sancho y Gil.
- III.—Desde el fondo del palco, por D. José M. Matheu.
- IV.—Memoria sobre las fuentes de conocimiento en Geografía é Historia universal (conclusion), por D. B. Mediano y Ruiz.
- V.—Amad (soneto), por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VI.—La chispa y el viento, por D. Constantino Gil.
- VII.—Espectáculos, por Valerio.
- VIII.—Miscelánea y anuncios, en la cubierta.

ELOGIO

DEL EXCMO. SR. DON JERÓNIMO BORAO PRONUNCIADO, CON MOTIVO DEL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE, POR EL CATEDRÁTICO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA DON ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

(CONCLUSION.)

Pero es el caso, señores, que cuando, gracias al nobilísimo comportamiento de Campoamor con sus hermanos en Apolo, habian desaparecido ya los graves peligros que estos corrieran, meses despues nuevas y más terribles proscripciones, fulminadas contra ellos, los arrancaron de Castellon para conducirlos á Valencia, y de Valencia á Filipinas.

Campoamor giraba entónces una visita á vários pueblos de la provincia, y la primera noticia que tuvo de estas disposiciones fué cuando habian sido súbitamente cumplimentadas. Aunque se hubiera hallado en Castellon, no le habria sido muy posible parar el golpe, porque ahora tenia que haberse la no con el Jefe político de Valencia, como ántes, sino con el Capitan general de aquel antiguo Reino, autor de dichas órdenes; y sabido es que las autoridades militares, por razones bien fáciles de comprender, no suelen ni pueden ser muy complacientes que digamos.

Por fortuna, la deportacion á Filipinas, del mismo modo que la anterior, no llegó á ser un hecho por lo que respecta á los literatos proscritos. Ruiz Aguilera, que estaba en Alcora, debió á esta circunstancia, no salir de allí. Borao fué llevado á Valencia, é inscrito su nombre en la lista de los deportados, pero no llegó á ir, segun se dijo entónces y me escribe Ruiz Aguilera, ¡asombra decirlo! porque al ir á embarcarlo «no cabia ya más gente en el buque destinado á trasportar los infelices deportados.»

Ello es que quedó en Valencia, de allí fué desterrado á la Carraca y luego al Puerto de Santa María, y que de este último punto, no mucho tiempo despues, pudo restituirse á su ciudad natal, á su Cátedra, á sus tareas literarias, en las que ciertamente no le esperaban horas tan amargas, sino bien bonancibles dias.

Hé nos definitivamente ya, señores, en presencia de nuestro Borao, del hombre de letras, del Catedrático y del Literato, del Historiador y del Poeta. ¡Cuán grato es recordarle así en esta ocasion solemne! Palabras de cariño, palabras de respeto, de admiracion noble y sincera, es lo que únicamente merece de nosotros como de todos cuantos con verdadera imparcialidad, con elevado espíritu de justicia le consideren! Los mismos que, tratándose del hombre político, pudieran encontrar motivos de censura ó controversia, por lo que respecta al hombre de letras, contestes están, y lo estarán siempre con nosotros, en reconocer su valia, sus altas cualidades, sus insignes merecimientos. Y del mismo modo, en la esfera de la Crítica, en el agitado campo de las doctrinas estéticas, cabe discutir acerca de su mayor ó menor altura literaria, sobre la más ó ménos encumbrada excelencia de sus escritos, pero dejar de reconocer en absoluto el mérito de estos, llegar á negarle aptitudes y disposiciones valiosas, no, señores, nunca: imposible, de todo punto imposible.

Hombre de vasta y selecta erudición, de laboriosidad infatigable, mucho más de lo que sus fuerzas físicas, quebrantadas por continuas dolencias, se lo permitían, de pulcro y acendrado gusto literario, aunque anticuado algún tanto por su extraordinario amor á los poetas antiguos, mayor del mucho que en justicia merecen, celoso promotor de todo adelantamiento, de toda mejora fecunda en bienes para las letras, singularmente para las de esta comarca aragonesa, ni la carencia de estímulos exteriores, ni la falta de recompensas, ni los desengaños fueron bastantes á enflaquecer nunca sus nativas facultades y el generoso y perseverante empleo de estas mismas facultades.

Desde los primeros años de su vida, cuando alumno de las Escuelas Pías, comenzaba á revelar su alma sus geniales dotes, al calor de aquellas enseñanzas, podía observarse bien claramente que Borao había nacido para las letras y sólo para las letras. Y si el Derecho, las Matemáticas y la Política le desviaron no poco del natural y privativo rumbo de su vocación, al fin y al cabo logró esta el más señalado triunfo de aquellas temporales desviaciones, como no podía ménos de suceder, dada la índole y alcance de la misma.

Regente de Literatura en 1846 y luego Licenciado en la misma Facultad, (Doctor no lo fué hasta 1868), encontró abiertas las puertas del Profesorado por el honroso camino de la oposición, y en 1847, triunfante en estas lides, tomaba asiento en esta Cátedra, desde la cual, durante *treinta y un años*, había de adoctrinar tan diestramente las generaciones que la ciencia y la ley confiáran á su dirección y competencia.

Año feliz para las letras pátrias fué aquel año 1847, y, á no dudarlo, la fecha más memorable que registra la historia del Magisterio literario, al ménos en todo lo que va de siglo, por el número y calidad de los Profesores de literatura general y española que entónces, al propio tiempo que Borao, ingresaron en las universidades de España; Milá y Fontanals, Fernandez-Espino, Puente, Rubió, Fillol, he aquí, con el de Borao, los nombres de los más principales de aquellos Maestros, que por sí solos se recomiendan á nuestra estimación y respeto. Permitido me sea, señores, tributarles hoy aquí el homenaje de mi consideración y de mi cariño, muy en especial á Fernandez-Espino, el catedrático de Sevilla, el laborioso y discreto crítico y poeta, mi gran amigo y mi gran maestro, el que dirigió mis primeros pasos en el cultivo de las bellas letras. Como Borao y como Fillol descansa en la tierra de los muertos, pero su dulce memoria vive y vivirá eternamente en mi corazón y en mi recuerdo.

Por dicha nuestra, aun viven entre nosotros Puente, Rubió y Milá, y si los dos primeros há tiempo que de la cátedra de Literatura pasaron á la de Historia universal, el esclarecido autor de los *Trovadores en España* y la *Poesía heroico-popular castellana*, Milá y Fontanals, permanece en la suya como recuerdo vivo de aquella pléyade de Profesores beneméritos y como Decano respetable y dignísimo de los que hemos venido luego á reemplazarles.

En cuanto á Borao, asiduo y diligente en el

cumplimiento de sus deberes académicos, de ameno y erudito ingenio, de castiza y correcta frase, ¡cuán fructuosas fueran sus tareas en los *treinta y un años* de su carrera profesional! Díganlo sinó las generaciones escolares que os precedieron en esta aula, y hablen por todos aquellos jóvenes de felices disposiciones literarias que le debieron acertada guía y copiosas lecciones, merced á las cuales luego han sobresalido y sobresalen en el cultivo de las bellas letras y en su diversas esferas, poetas, críticos, oradores cuyos nombres recordaría aquí si no temiera como temo incurrir en omisiones.

Porque no sólo en la Cátedra, en las simples explicaciones orales, pudieron recibir de él fecunda y provechosa enseñanza, sino también fuera de ella, en sus escritos, y en los hechos mismos de su vida. Y á este propósito conviene recordar que Borao fué uno de los fundadores del primer periódico literario que en sus tiempos vió la luz pública en esta capital; asiduamente en los otros muchos que luego aparecieron, así como en las principales Revistas de España, en las cuales andan diseminados no pocos de sus más importantes trabajos, de los que convendría coleccionar, ya que no todos, los más escogidos; que fué la mente, el alma de los Liceos, Ateneos y demas asociaciones literarias; que desempeñó no pocos cargos literarios de cuenta como el Rectorado de esta insigne Universidad, y que en todos ellos prestó muy señalados servicios á las letras y á sus celosos cultivadores.

Sólo los prestados á esta Universidad bastan para que su nombre viva eternamente en ella entre los más esclarecidos, no sólo como hijo de esta famosa Escuela, sino también como Profesor y como uno de sus más distinguidos Rectores, y aun más que todo esto como narrador de sus glorias, historiador de sus grandezas. Si Borao no hubiera sido alumno, ni Catedrático, ni Rector, su *Historia de la Universidad de Zaragoza*, sólo esta *Historia* sería bastante á conquistarle imperecedera nombradía, eterna gratitud en este ilustre Claustro.

La Historia! Hé aquí el género literario para el que Borao tenía mayores aptitudes y al que naturalmente le llevaban sus facultades nativas, sus gustos y sus aficiones, sus mismos estudios. No vacilo en afirmarlo y repetirlo con entera convicción y firmeza. Puede que me engañe, pero tal es lo que pienso y siento y lo que lealmente debo decirnos consecuente con mis sentimientos y creencias. Os diré más: os diré que si todos sus escritos referentes á otras materias, se hubieran perdido por desgracia, si solamente nos restaran sus trabajos históricos, el nombre de Borao no hubiera muerto nunca entre nosotros.

No es mi ánimo rebajar por ello sus merecimientos en otras esferas del arte literario: en modo alguno. Nadie me ganará en reconocerlos y publicarlos, pero del mismo modo creo firmemente que sobre aquellos merecimientos, y á mucha más altura, están los del historiador, y que con ser muchos, todavía serían mayores si la historia y sólo la historia hubiera sido el principal ya que no el único centro de su actividad y sus afanes.

Borao como poeta no carecía de disposición, pero era hombre en quien la erudición, el ingenio, el gusto aventajaban al estro, á la inspiración, al-

ma de la poesía. Además, el empeño que puso en cultivar todos los géneros poéticos el lírico como el épico, el dramático como el didáctico y en sus diversas especies y variedades, lo mismo en el orden religioso, que el erótico, que el histórico, que el satírico, que el legendario, el cómico y el heróico, le privaba de recoger copiosos y sazonados frutos en el campo de la poesía, porque no era posible que poseyera todas las especiales facultades que cada uno de estos géneros, cada una de estas especies y variedades requirieron por sí mismas para cultivarlas con verdadero acierto.

Así es que, por todas estas razones me permitiré comprender todas aquellas diversas obras bajo una denominación común la de *ensayos ó tentativas poéticas* más propiamente que el de verdadera poesía en la plena acepción de esta palabra. Y de estas me atrevería á decir que las mejores y principales pertenecen desde luego á los géneros lírico y épico, y que, entre todas las obras poéticas de Boraó ninguna tan importante, ninguna tan útil como su *Romancero de la Historia de Aragon*, (no sé si llegó á concluirle) precisamente por el íntimo parentesco de estos trabajos con los puramente históricos, para las cuales, como os decía, contaba con más altas facultades.

Además de la *Historia de la Universidad de Zaragoza*, ya mencionada, Boraó nos dejó otras muchas obras históricas que comprueban plenamente mi aserto y que conviene recordar aquí, tales como sus biografías de Latassa, Pignatelli, Echeandía, Casamayor y Yanguas y la de Fernandez del Plano, obra póstuma, impresa ya y que dentro de poco podrán disfrutar los inteligentes á la cabeza de la colección de poesías de aquel ingenio que publica la *Biblioteca de Escritores aragoneses*, ese monumento que la Diputación Provincial viene levantando á la memoria de los ingenios de Aragon y en el que tanta parte corresponde al Profesor ilustre que recordamos.

De buen grado aprovecharia la ocasion que se me brinda para deciros el juicio que me merece esta Biblioteca, lo que ha sido y es hasta aquí, y lo que en mi humilde sentir debe ser en lo sucesivo para corresponder cumplidamente á sus fines, pero esto me llevaria á romper el hilo de mi discurso y á extenderme en consideraciones que la índole de este acto no consiente. Ocasión más apropiada vendrá en que pueda hacerlo con el detenimiento debido, sobre todo, si, como se dice está amenazada de muerte aquella Biblioteca, cosa que ni creo, ni puede nadie creer mientras esté al frente de la Diputación el Decano de nuestra Facultad, quien en uno y otro concepto, y como el mayor de sus deberes, lejos de contribuir á su muerte ha de procurar como ningún otro su esplendor y florecimiento.

A la biografía mencionada, debemos añadir otros trabajos históricos de no menor importancia del mismo Boraó, como son: su *Arbol de los Reyes y Principes de Aragon*, su discreta y erudita memoria sobre *La Imprenta en Zaragoza*, y muy en especial su *Diccionario de voces aragonesas*, notable por más de un concepto, y señaladamente por la razonada introducción histórica que le precede,

que rivaliza con los mejores escritos de aquella doctísima pluma.

En todos ellos campean en alto grado las relevantes dotes que para las indagaciones históricas y para el dominio de las formas artísticas de la historia, tal y como juiciosamente debe entenderse y escribirse, tenia Boraó, como pocos de nuestros modernos historiadores. A estas cualidades hay que añadir la no ménos valiosa del inmenso cariño, de la singular predilección que las cosas de este país le merecieran siempre sobre las del resto de la nación entera. Puede asegurarse que en nuestro siglo no cuenta Aragon entre sus hijos ilustres ninguno tan aragonés, tan entusiasta de su región natal como Boraó, ni que le haya prestado tan señalados servicios en la esfera de las letras. Aragonés por sangre y naturaleza, hijo de uno de aquellos heróicos defensores de la siempre heróica ciudad en los famosos sitios, nacido en ella, en ella criado y educado; aragonés por sus estudios, por sus aficiones, por su carácter, hasta por las disposiciones mismas de su inteligencia, que como las de los escritores eruditos de esta comarca, y en todo tiempo, han sido siempre singularmente aptas para los estudios históricos, figura y figurará siempre su nombre, con perfecta justicia, al lado de los Zuritas y los Blancas.

Este aragonismo de Boraó, es tanto más laudable tanto más de agradecer y admirar por sus conterráneos y compatriotas, cuanto que le privó no poco de poder consagrarse á otras empresas literarias que le hubieran proporcionado mayor nombradía en el resto de España. Verdad es que si como historiador se consagró casi de lleno á las cosas de Aragon, como crítico solió acometer no pocas veces trabajos de interés general, y ahí están su discurso sobre *El amor en el teatro de Lope de Vega*, que fué la tesis que escogió al doctorarse en Madrid en 1868, su *Juicio crítico de Moratin*, su estudio sobre *El Quijote y el Gil Blas y el Centon Epistolario*, su excelente obra didáctica *Tesoro de la Infancia*, y otros muchos, que no constituyen su principal caudal literario, sino que por el contrario, las obras puramente aragonesas, que son además las de mayor mérito literario y más alta importancia.

Bien puede decirse, que si D. Jerónimo Boraó, no hubiera sido, como buen aragonés, y más, mucho más que otros mismos aragoneses, tan apegado á las cosas privativas de Aragon, si en vez de consagrarse tan en exclusivo á ellas hubiera compartido al ménos sus aficiones y sus tareas con otras materias y asuntos de carácter más general, hubiera sido más conocido y más apreciado en toda la Península.

Y si del mismo modo, en vez de vivir aquí tan constantemente, hubiera pasado al ménos largas temporadas, sobre todo en su juventud, al tiempo de formarse y desarrollarse su inteligencia, en el gran centro de la cultura y del florecimiento literario de España, en la corte, se habria dilatado mucho más la esfera de sus conocimientos, hubiera prestado más altos servicios á las letras españolas y hasta hubiera logrado otras recompensas, otros premios legítimos que los que llegó á alcanzar en el transcurso de su vida. Al decir esto, no me mueve ni me

impulsa otro móvil que el poner de relieve los grandes merecimientos que contrajo para con este su país, y la gratitud inmensa, el singular respeto que le debe, como á pocos de sus hijos insignes.

Que nunca lo olvide Zaragoza, que nunca lo olvide Aragón, y menos que todos esta Universidad, y de la Universidad la clase de Literatura que es la que mayor deuda tiene contraída con su inolvidable y esclarecida memoria.—Hé dicho.

ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

LA GIRALDA.

(CONTINUACION.)

Acabo de escribir un nombre, que está unido á Sevilla por un lazo tan íntimo, como el Cisne de Mantua y el palacio de Augusto, como S. Francisco y Asis, como Petrarca y las soledades hechiceras de Vaclusa, como Brunelleschi y Florencia, como Miguel Angel y ese osario sublime de la antigüedad que se llama campiña de Roma, como Rafael y las estancias del Vaticano, como Pope y su árbol, como Boileau y Luis XIV, como la corte de María Teresa y aquel Metastasio, que conocieron las calles de la Ciudad Santa, improvisando versos, á cambio de migajas de pan que sostuvieran su cántico. Todas las poblaciones de España nos dan á conocer algun pintor insignie. Si queremos conocer á Velazquez y á Zurbarán id á Madrid, si á Juan de Juanes id á Valencia, si á Morales el Divino id á Badajoz, si á Alonso Cano id á Granada, si al Greco id á Toledo, si al Mudo id al Escorial, si á Pablo de Céspedes id á Córdoba, si al gran Bartolomé id á la gran ciudad que le ofreció retiros donde beber inspiracion en el recóndito manantial de sus ideas, que él acertó á revelar con una brillantez estética, nunca igualada.

Murillo ha pasado á la posteridad como el primer discípulo del *Pintor de la Caballería*. En muchos de sus cuadros se ven las inspiraciones soberanas del inmortal maestro. Cuando trabajó al lado de éste; cuando al mismo tiempo que trabajaba al lado de éste, meditaba en presencia de las obras del Españoleto, Van-Dyk, Rubens y Tiziano; la naturaleza era su escuela y su auxiliar el génio, formándose una manera ecléctica, en la que se combina el colorido de Venecia y Flandes, con el dibujo sólido del suave y castísimo pincel de Florencia. Estilo que despues hizose más franco y agradable, impregnóse en celeste dulzura, cuando agrandadas sus ideas, segun observa un gran crítico, «empezó á sentir más vivamente el natural, á dar más bulto á las figuras, más atmósfera á sus escenas, más calor á sus tintas, más transparencia á sus sombras, gradacion más sábia á sus términos, y al conjunto un acorde y una armonía sublimes.» Estilo, en fin, que en la edad de la madurez ofrece todas las cualidades más brillantes de Tiziano, Ribera, Velazquez, Van-Dyk y Rubens y además otra, que estos príncipes del pincel no poseyeron, en grado tan eminente. En el arte de ocultar el procedimiento técnico el *Pintor de los Angeles* aventaja, á aquellos hermosísimos planetas del cielo de las artes. ¡Cuán justa es la diadema de estrellas con que la inmortalidad ha coronado á Murillo en el templo de la historia! ¡Mirad la *Concepcion!* Es una oda á la pureza, cantada en el cielo y pintada por un ángel. ¿Y sus niños Jesús? Yo creo que la misma Virgen pudiera tenerles celos por encontrarlos tan hermosos.

Al escribir Murillo, se escapa fácilmente á la pluma el nombre de Corregio, pues tiene aquél con éste grande semejanza. Sí la tiene. Los dos, son los únicos que han acertado á copiar la luz de la Gloria.

Corregio es un Rafael en el dibujo, un Buonarroti en la ciencia de los escorzos, un Vinci en la del claro-oscuro, tan admirable colorista, que recuerda á Rubens,—á aquel genio inmenso cuyo colorido sumado con el dibujo del Sanzio, bastaría á crear la pintura que Dios pudiese hacer si empuñase la paleta.—Murillo pinta con la verdad de Velazquez; tiene el empaste de Van-Dyk, la armoniosa transparencia, la brillantez del Vecellio, la naturalidad ensalzada en un verso de Agustín Carraci y los empastes vigorosos del insignie valenciano que ilustró en su caballete la Campagna, pátria de la égloga! ¡traduccion de las Geórgicas en imágenes vivas hecha por Dios! Arcadia pastoril, donde las rocas repiten los ecos de la zampoña de Títiro y en los montes, crece el haya virgíliana y en los valles paca la oveja inmortalizada por la musa antigua, y al borde de los torrentes murmura la caña de que cortaran caramillos los dioses del mundo clásico. Lo mismo Bartolomé que Corregio pintaron como nadie, la hermosura de la mujer y la gracia, la belleza, la inocencia, el amor de los niños. Sombras de plata y tan abundantes en reflejos que á otros *podrían servir de luces*, hay en las creaciones del uno; golfos de luz, colores divinos, sombras de cielo, nubes de ópalo y rosa hay en las creaciones del español.

Corregio nació, como dice un escritor eminentísimo, trayendo en el alma la noción de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuicion de los esplendores celestes; trayendo en el alma la noción de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuicion de los esplendores celestes, nació Murillo. El andaluz y el parmesano pintaron «el color en la luz y el color en la sombra; la luz sobre la luz, las medias tintas de la penumbra, los crepúsculos misteriosos determinados por la distancia:» el radioso ambiente, el ambiente dorado y plateado en que flotan las *Concepciones* del uno, es el mismo que llena la fantasía del otro. ¿Queréis explosiones de gozo, de caridad, de bienaventuranza como las de Corregio? Buscadlas sólo en Murillo. Cada virgen del Corregio es una apoteosis de María: una apoteosis de María es cada virgen de Murillo. Una diferencia los separa. El pincel de ambos es igualmente suave y acariciador, está empapado en luz del mismo modo. El de Corregio es más empastado, más voluptuoso: el de Murillo más inmaterial. El de Corregio es el pincel de la felicidad y del deleite; el de Murillo es el pincel de la bella mística. A Corregio por su delicadeza, por su fluidez, por sus hermosas cualidades es posible llamarle Parrhasio del Renacimiento, si creemos bajo la palabra de Plinio lo que en los libros de éste se afirma del rival de Timantes; de Murillo sólo puede decirse que es un cantor perfecto de la Inmaculada, una alma cristiana que al pintar siente pensando, un idealizador de lo terrestre, un artista de ideal grande expresado con la misma grandeza, el servidor á quien más debe la causa del cielo.

Y este es el Murillo sublime. Para conocerle, hay que ir á Sevilla. Sí, á Sevilla hay que ir, para conocer al gran filósofo de las artes, á aquel cuyos pinceles hermanos gemelos han sido de la pluma casta, ideal y mística de S. Juan. A Sevilla hay que ir para conocer al Murillo nunca igualado en el colorido, ni en la gracia y verdad de las fisonomías; al Murillo pintor de todos los géneros y en ninguno de ellos parecido á nadie; al Murillo que es siempre Murillo con su estilo y la magia de su color; al amable y modesto maestro que pintaba con leche, sangre y rosas, y que da nombre al enrojecido ocaso de ese día de oro del Renacimiento, que amaneció con dulzura en los cielos de Leonardo de Vinci. Y hay que ir á Sevilla, no sólo porque allí se encuentran las páginas más gloriosas del inmortal maestro, sino porque es tan íntimo, el

lazo que une á la que da nombre á la perla más preciosa de la corona de S. Fernando y al que un escritor de nuestros días ha apellidado *Rafael andaluz*, que la naturaleza sevillana parece que forma parte del alma de Bartolomé, como el alma de Bartolomé parece una parte de la naturaleza sevillana. No comprenderá bien al que con sus pinceles elevó al emperio en un trou de ángeles á María abrasada por el amor divino, sino quien estudie el *S. Antonio* ó la *Virgen de la Serpilleta* allí donde Murillo sintió, allí donde Murillo adoró lo eternamente bello y leyó la verdad absoluta en el puro cielo de su conciencia adornado con el iris de la inmortal inspiración, sino quien contemple, el *Cuadro de las Aguas* ó el *Cuadro de los Panes*, el *S. Felix de Cantalicio* ó ese Benjamin del gran maestro que se llama *Sto. Tomás de Villanueva*, bajo la espléndida bóveda celeste de la paradisíaca Andalucía. ¡Ah! con cuánta justicia se dice que es Bartolomé la honra más pura de la ciudad que conserva las cenizas de S. Fernando y de su sabio hijo el David de Castilla! Lo es y tan persuadida está de ello Sevilla, que las campanas de su catedral, las canciones de sus florestas, las salmodias de sus aires, las plumas de oro de su sol y los adagios de sus moradores pronuncian, escriben, ensalzan á cada momento, el nombre de Murillo.

Natural es que así sea. Porque, ¿qué puede estrañarnos que en él pionse constantemente la que vé su hogar, si en él piensan á toda hora los países todos y cuantos hombres habitan la tierra, si no hay hombre ni país que no le deba infinitas emociones dichosas y celestes?

Séres hay que bastan á dar olímpica alteza por sí solos, á la población más pobre. Séres hay que despiden luz suficiente á formar la aureola de gloria de su patria, y me refiero á filósofos como Raymundo Lullio, á poetas como el Ariosto, á músicos como Mozart, á pintores como el Pousino, á capitanes como el Gran Gonzalo, á marinos como Magallanes, á arquitectos como aquel á quien debemos una de las metamorfosis más bellísimas de la piedra: la catedral de Siena.

Séres hay que, sin ayuda de otro genio, inmortalizarían su raza y esto puede decirse por ejemplo del angelical Platon, del triste Horacio, del eximio S. Buenaventura, del gran Corneille y del Tostado, de aquel español, cuyo merecido elogio no ha pronunciado aun, ni el epitafio de la catedral de Avila que dice: *este es el pasmo del mundo que disputa sobre todo lo que hay que saber.*

Yo creo que hay hombres que valen una literatura, que valen lo que un arte nacional, que valen lo que varias generaciones. Aun cuando Portugal no hubiese producido sino á Camoens, España á Calderon de la Barca, Italia al Tasso y á Petrarca, Francia á Racine, Inglaterra á Shakespeare, Rusia á Jacoby, Suecia á Linneo, Alemania á Goethe, Flandes á Rubens, Venecia al Tiziano, Sicilia á Bellini; á Aristóteles la Grecia antigua y á Tácito Roma... España, Portugal, Italia, Francia, Inglaterra, Rusia, Suecia, Alemania, Flandes, Venecia, Sicilia, Roma y la antigua Grecia, serian ricas provincias del hermoso reino de las artes y metrópolis de la ciencia. Y creo, tambien, que hay séres que significan más que una raza y que entre ellos se encuentran, Valmiki, el creador de la maravillosísima epopeya que bautiza con su nombre la historia Oriental, el divino Homero, el justo Sócrates, el profético y dulce Virgilio, el sublime Florentino, el sábio Descartes, y aquel Manco bendito que volteó el puente que comunica el roquero castillo y la ordenada sociedad moderna; que condenó al imposible *el aislado y bizarro individualismo nacido en las almenas feudales, burlador de las costumbres y de las leyes, que ponía su*

ideal como luz única y como la estrella única de la vida sobre todas las cosas, desafiando é hiriendo al que no reconociese su para él incontestable superioridad.

En ese coro de genios divinos creado por Dios para nuestro consuelo y esperanza, para que sus ideas sean el sosten de nuestra vida y para que nos recuerden con cánticos levantados de los abismos oceánicos de su pensamiento, la sublimidad de nuestro origen y la sublimidad de nuestro destino, está aquel niño de hermosura tan perfecta como la de una estatua de Fidias y tan religiosa como la de un bienaventurado de Fra. Angélico; aquel niño, débil, gracioso, meditabundo, visionario, amorosísimo, nacido entre los platónicos jardines de Florencia, los himnos de los artistas romanos, las grandes resurrecciones del mundo antiguo y las aras de la Edad Moderna, y en quien la pintura fué la segunda lengua que habló al salir de la cuna; aquel niño, que bebió siempre en la copa del ideal y del amor; aquel niño tan ateniense como cristiano, tan parecido al poeta heróico y al poeta natural por excelencia como á S. Buenaventura y S. Francisco, de genio asimilador y complejo, pintor de iglesia y pintor de palacio, tan poseído de la idea del cielo al cantar á la Virgen como iluminado por una intuición de la belleza griega al escribir con sus pinceles la fábula de Psiquis; aquel niño que creó la armonía en la pintura y el arte moderno, «que dió la vuelta al alma humana en su circunferencia» y que alternativamente suave, terrible, patético, lírico, tierno, amante, filósofo, melancólico, poeta, místico en los santos, voluptuoso en sus Gracias, *graciosísimo para concluir un pequeño cuadro, magnífico cuando pinta las grandes escenas del Incentio del Borgo y el Pasma*, creó á Apolo de nuevo, crucificóle y lo convirtió en Cristo, dió á Venus pureza y castidad y trocó á la diosa gentilica en vírgen madre de una numerosísima familia de madonas en cuyo seno la Eva eterna ha cesado de llorar, la musa clásica y la cristiana, la idea y la forma se han unido, y se han reconciliado los templos todos de la historia. Pues bien, en ese coro, en el cual figura el pintor más grande de la humanidad, el que nos legó la efigie del Renacimiento, el genio tipo del arte que ha hecho (gloriosísimo privilegio) algo de lo visto por Platon, soñado por Virgilio é intentado por el Dante, figura tambien el supremo Bartolomé Murillo. ¿Cómo no ha de estar Sevilla orgullosa, siendo su madre?

Sevilla, hay que reconocerlo, está orgullosa de su hijo y es orgullosa.

Dos vicios hay que detesto de todas veras. Es el uno aquel que hace llorar á quien le tiene, *más el ageno bien que el propio daño*, como escribió Quevedo. Es el otro la vanidad. Este, ni aun lo dispenso á las mujeres y sin embargo lo perdono á Sevilla. ¡Algun privilegio merece, ciudad que tiene tantas razones para ser querida! Qué mucho que su propia luz de gloria la deslumbre, si en un océano de luz de gloria vive? Porque la Briseida del ilustre guerrero que con san Luis dió nombre á la política del gran siglo que personificado por Inocencio III tiene su pensamiento en santo Tomás, su poesía en el amador de Beatriz, su código en las Partidas, su arquitectura en las catedrales santuosísimas que se levantan á orillas del Rhin y del Tajo, no es sólo cuna y sepulcro del que trazó aquel cuadro de Santa Isabel de Hungría, que es una de las puertas del cielo, sino que es en nuestra historia, una de las corts principales de la república de las letras, un encantado verjel de artistas.

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(Se continuará.)

DESDE EL FONDO DEL PALCO.

AL SR. D. MARIANO DE CÁVIA.

I.

A los murmullos y cuchicheos del público sucedió religioso silencio. La batuta del director trazó en el aire un pequeño círculo y los violines de la izquierda preludiaron un aire *maestoso* dejando escapar algunas graves y sonoras notas que parecieron la terrible evocación de un mal espíritu. Detrás de los violines siguieron las flautas de dulces voces, luego los oboes, el fagot, las trompas, y la orquesta entera se agitó como un ebrio en medio de un hermoso torrente de armonías.

En este instante se abrió la puerta del palco núm. 7 y apareció una mujer alta, bella, elegante, envuelta en un capuchon blanco de seda que arrojó distraidamente sobre una silla; su vestido y sus guantes eran también blancos, creyéndose al mirarla que este color se reflejaba en la palidez intensa de su rostro, agraciado por dos ojos oscuros y fulgurantes. Tal vez tenía fiebre, tal vez su corazón llamaba hácia sí la sangre, contraído por dolorosos movimientos; de todos modos avanzó hácia la butaca y se apoyó en el antepecho, asemejándose á un cisne que hubiera perdido sus alas.

Al acabar la sinfonía, la dama fué presa de un ligero temblor nervioso que la hizo tomar diferentes posturas. Parecía triritar de frío, y sin embargo el abanico de plumas se agitaba en sus menudas manos, marcando el ritmo precipitado de sus pulsaciones. ¡Oh! sin duda alguna aquella mujer sufría; ¿qué era para ella aquel bellissimo preludio donde la musa de Verdi habia formado como una cascada de frescas y bulliciosas melodías? ¿Qué las luces, y el lujo, y la sensacion de bienestar, y el aparato escénico que atraía por su brillantez y magnificencia las miradas de todos los espectadores? Para ella era un juego de niños que nos arranca á lo más una sonrisa. Su imaginacion asistía á otro espectáculo invisible para el público, y poseía en aquel momento el misterioso poder de la obicuidad. Adivinaba, ó mejor dicho, veía claramente la escena donde una artista, con lágrimas fingidas, se sinceraba de sus culpas delante de un hombre bastante apasionado para creerla. La actriz no era hermosa, pero su voz tenía un atractivo poderoso, una seduccion irresistible. ¡Oh! cuánto hubiera dado por apagar la modulacion de aquella voz, por poder oprimir su garganta, hasta que en vez de la música hablada hubiera salido un murmullo imperceptible, un grito inarticulado!

Al mismo tiempo, en consonancia con estas visiones interiores y una vez alzado el telon, la orquesta seguía acompañando el canto apasionado de la prima donna que cruzaba la escena y lanzaba este primer arranque del celoso:

Oh! guai se un altro amore
ardeste a lui nel core!...

Guai se il mio sguardo penetra
questo fatal mister!

La dama no reparó en la coincidencia de lo real con lo imaginado, y sólo volvió la cabeza cuando creyó oír una voz conocida en el pasillo y que la puerta del palco volvía á abrirse. Entró, en efecto, un caballero vestido de rigurosa etiqueta, á cuya vista se inclinó la dama como saludando y le tendió una mano con verdadero afecto:

—Adios, Alcázar, ¡cuánto le agradezco que se acuerde de usted de mí!

—La he visto á usted sola desde mi butaca, replicó el entrante, y he comprendido... pero hija mia, ¿cómo

tiene usted valor para venir esta noche y oír los aplausos que obtendrá la Violetti?

—Diga usted mi rival. Pues no hago más que seguir sus consejos. Me decido por la lucha y vengo...

—Pero la lucha en buenas condiciones. Por Dios, Carolina, esto es una temeridad...

Comprendíase que al hablar así, existía entre ambos aquella familiaridad y mútuo aprecio que establecen el talento, la buena sociedad, una larga amistad y los años, porque Alcázar podia considerarse viejo, comparado con su amiga, aunque todavía se conservaba fuerte, brioso y ágil. Había sido cónsul varias veces, agregado á la embajada inglesa, y más tarde consejero.

—Recuerda usted, continuó Carolina, lo que me dijo aquella noche que pudo ser la última de mi vida? Hé aquí mi confesion: Yo amo á un hombre, ó más bien, una dulce inclinacion de nuestra juventud se trasformó en nuestros corazones en una verdadera pasion. Eramos felices; de pronto, una mujer, deslizándose por nuestro paraíso, silbó no sé qué promesas de gloria en los oídos del que yo amaba. Eramos dioses, y el ingrato rompió por fin el encanto mágico que nos retenia dulcemente, y descendimos á la categoría de seres humanos tristes y miserables. ¿Qué debo hacer?...

—Yo también tengo memoria, interrumpió Alcázar, sonriendo con aquella fina y delicada sonrisa que era su expresion más característica. Hé aquí mis palabras: En nuestra vida, no existen más que dos caminos; ó ser actor y luchar con toda la astucia, con toda la energía que permitan nuestras fuerzas, ó declararse espectador indiferente que aguarda el desenlace de los hechos, desnudo de afectos y pasiones, riendo como Voltaire de nuestra inmensa tontería. Si usted elije este segundo deberá matar su pasion por Carlos y contemplarla como un fenómeno curioso y entretenido. Mas si prefiere usted el primer camino, será preciso matar el amor de Carlos hácia la Violetti. ¿Matar? preguntó usted admirada de encontrar la muerte por todos los lados. Esa es la palabra.—¡No! replicó usted enérgicamente, todavía soy jóven y hermosa. Lloraré, suplicaré, convenceré.—Será inútil, la dije: ¿podría usted hablar como Mirabeau ante el peligro de la bancarrota nacional?... pues bien, todo ello no sería más que una tempestad en un vaso de agua. No le ataque usted de frente. Uno de los puntos vulnerables de la pasion es el amor propio, sobre todo en la mujer; y allí debe usted herirla. ¿Ha seguido usted mi consejo? Tengo curiosidad por saber lo que ha pasado...

—¡Ay amigo mio! exclamó Carolina suspirando, no estoy contenta de mí misma... pero, en fin, sépalo usted todo. Cuando la Violetti conoció á Carlos estaba en muy buenas relaciones con un artista de segundo orden llamado Pasarelli, y se escribian con frecuencia, aunque para ella, según los murmuradores, no pasaba de ser un capricho. Hace dos ó tres meses la Violetti quiso romper completamente y dejó de escribirle. Pasarelli, que la amaba de veras, la pintó la crudeza del golpe recibido, rogándola vivamente que continuase contestando sus cartas, y que no le aniquilase de una vez coma se hace con el reptil que se aplasta. La Violetti quiso mostrarse generosa con el desdeñado y le otorgó lo que pedía. La verdadera pasion tiene estas niñerías; además de que imaginaba Pasarelli que la constancia de su afecto le volvería en tiempo no lejano el corazón de su amada. Yo conocía á este artista por haber sido invitado á cantar cierta noche en una de las soirées de la baronesa de Villalta, y no tuve inconveniente en que una persona de mi confluencia le plantease la cuestion tal y como yo la habia concebido. Las cartas que recibía de la Violetti podían romper aquel lazo formado por la casualidad y producir en el ánimo de Carlos una súbita indignacion, un mo-

mento febril de celos que los separara; y, una vez separados, quedaba á nuestro cargo despertar los antiguos recuerdos y moverlo hácia el amor que no habia muerto; yo así lo creia. Vaciló Pasarelli algunos dias, pero por último conseguí mi objeto. Las cartas de la Violetti, siempre cariñosas, porque es una mujer de corazon, han sido presentadas á Cárlos esta misma tarde.

Calló la dama y miró á su amigo como esperando su parecer.

—Decia Richelieu, contestó el diplomático sonriendo como siempre, y perdone usted esta manía de citas que sería ridícula delante de otra que no fuera usted, antes de decidirme á una empresa lo pienso mucho, pero una vez resuelto, marchó directamente á mi objeto, todo lo derribo, todo lo atropello y despues lo cubro con mi manto rojo.—Mi buena amiga... veo que el ilustre cardenal cuenta con discípulos aprovechados.

—¿Es decir que usted no aprobaria mi conducta?... No estoy contenta de mí misma, lo repito, pero usted que conoce el corazon humano, comprenderá cómo fui arrebatada por estas fúrias y como podré esperar ahora el desenlace. Mi corazon cuenta entre mortales ánsias los instantes que transcurren... ¿Me habré engañado?... Quisiera estar en oscuridad completa y no ver ni oír nada hasta saber si he sido vencida.

Mientras hablaba Carolina, el público seguía escuchando con entusiasmo una música dulce y patética que llenaba los ámbitos del Real coliseo, mezclándose con estos acentos trágicos:

Ma la mia prece in bestimia si muta
delitto e il pianto in me... colpa il sospir...
ni notte cupa la mente e perduta...
e nell' ansia crudel vorreis morir!...

José M. MATHEU.

(Se concluirá.)

MEMORIA

SOBRE LAS FUENTES DE CONOCIMIENTO Y MÉTODO DE ENSEÑANZA
EN LAS ASIGNATURAS DE GEOGRAFÍA É HISTORIA UNIVERSAL.

(Conclusion.)

Al atractivo y amenidad de esta ciencia se une la facilidad de su adquisicion; tan sólo exige buena voluntad y un poco de memoria para asimilarse los descubrimientos de sábios estudiosos y audaces viajeros que nos han dado un cuerpo de doctrina, mediante el cual la humanidad puede vanagloriarse de conocer regularmente la superficie del planeta que habita. Por lo demás, el estudio de la geografía ha de hacerse siguiendo un orden filosófico; generalizando primero al considerar la tierra como uno de tantos globos celestes, descendiendo al exámen de sus componentes y describiendo por último, con detalles y pormenores más ó ménos extensos, segun su importancia, cada uno de los países y regiones en que los continentes se hallan divididos. Hé aquí por qué debe preceder la geografía astronómica á la física y ésta á la política y meramente descriptiva. Agréguese á esto la aplicacion y práctica de sus principios á los usos de la vida y á las necesidades sociales, la resolucion de los problemas de que se ocupa, el empleo de los instrumentos, mapas, etc., que constituyen sus recursos, y, además, las innovaciones, mejoras y aumentos que la experiencia aconseje y que los progresos científicos hagan necesarios, y tendremos el método más senc-

llo y filosófico para que el encargado de enseñarla y los que á ella se dediquen llenen satisfactoriamente su recíproca mision.

No es ménos necesario un buen método en el estudio de la historia. Esta tiene por objeto reflejar las fases, cambios y revoluciones acaecidos á las generaciones pasadas para servir de saludable ejemplo á las venideras. No ha de limitarse, pues, á describir por describir. Seria desconocer su importancia el considerarla como una coleccion de cuadros más ó ménos dramáticos y un museo de personajes más ó ménos interesantes, sin cuidar de fijarnos en la alta moral que encierra. Innegable es el influjo que sobre la marcha ascendente de la humanidad hácia el ideal infinito de perfeccion ejerce el conocimiento de los hechos pasados. Por él adquirimos una idea clara y distinta de las tendencias, fines y aspiraciones que ha procurado realizar la especie humana; por él conocemos los medios que para llevar á cabo tan difícil empresa ha puesto en práctica, y por último, este conocimiento es el fecundo venero que nos ha suministrado la nocion de casi todas las verdades políticas y sociales. Ni aun es preciso remontarnos á tan elevada esfera para demostrar los beneficios que su estudio puede reportarnos; su utilidad tiene un carácter más inmediato, como que constituye una gran enseñanza y una regla de conducta, y hace las veces de una sábia experiencia. La historia en sus elocuentes páginas nos presenta á cada paso ejemplos que seguir, modelos que imitar y elevadas acciones que sirvan de norma á las nuestras.

Por no llenar sino á medias tan altos fines rechazamos la escuela llamada descriptiva, inaugurada por Barante, que pretende hacer de la historia una narracion, si adornada con las galas del estilo y con los más entretenidos pormenores, sin ninguna reflexion ni enseñanza moral, y por lo tanto insuficiente para juzgar la marcha de la humanidad; porque exige que del simple relato de los hechos deduzca el lector las consecuencias, como si éste se hallase siempre en oportuna disposicion de ánimo y no pudiesen influir en él el espíritu de partido y de nacionalidad y la impresion del momento, y como si fuese en todas ocasiones bastante imparcial para prescindir del criterio y punto de vista más en armonia con sus intereses.

Con más motivo todavia juzgamos errónea la escuela fatalista cuyo ilustre jefe, que seria de desear no tuviese partidarios, es Mr. Thiers. Tan extraño sistema pretende hacer de la historia una ciencia sin alma, impasible ante el mal y el bien, fria é indiferente; es, en una palabra, el estoicismo aplicado á los estudios históricos. No es esta en verdad la mision del historiador que no debe limitarse á abrigar en su alma los sentimientos de lo bueno y de lo bello, sino que debe hacerlos transpirar en su obra. La historia debe atesorar en sus páginas acentos de entusiasmo y de gloria para la virtud, de consuelo para el desgraciado y de indignacion para el criminal; su mision es la de presentarnos el vicio abatido y la virtud triunfante, y si quizá alguna vez «vemos que vibran victoriosas palmas manos inicuas,» segun la expresion de un poeta, el historiador, ageno á los mezquinos intereses humanos, lanza sobre la memoria del malvado que la fortuna acarició un tremendo anatema de execrable reprobacion que la posteridad repite y el juicio de los siglos confirma.

Por lo demás, cuando se trata de sembrar las primeras nociones históricas en la mente de quien hasta entónces no ha tenido idea de ellas, es inconveniente subordinar esta ciencia á un sistema preconcebido en el que casi siempre tiene más parte el amor propio de sus inventores que la realidad, y en el que se dá á los hechos torcida y violenta interpretacion para probar teo-

ías inútiles ó tal vez peligrosas, buenas solo para demostrar ingenio.

Hay sin embargo principios fijos independientes de todo sistema político, social ó filosófico, que resaltan en los sucesos que la historia comprende y que se distinguen por su evidencia y moralidad, y á estos son á los que nos referimos al considerar preferible el método *ad probandum* al *ad narrandum*. Así, por ejemplo, en la marcha seguida por la humanidad desde la creacion tenemos motivos fundados para establecer que el progreso iniciado ha de continuar indefinidamente mientras el mundo exista; ante la desorganizacion y caída de los grandes imperios se puede deducir que todas sus desgracias han tenido origen en sus crímenes ó en sus errores; en las perturbaciones sociales y convulsiones políticas notaremos que son realizadas por individuos aislados y casi nunca por las masas; ante las intrigas de todo tiempo observaremos con estrañeza que las más veces, por un acaso providencial, es el malvado víctima de sus propias redes; y por último ante el espectáculo todo de la historia veremos que al cabo del tiempo es la fuerza bruta impotente para contener la fuerza moral, y que toda idea buena y verdadera acaba siempre, arrollando todos los obstáculos que se le oponen, por levantarse enérgica y victoriosa.

Resumiendo lo dicho creemos que para la enseñanza de la historia debe adoptarse un método *ad probandum* en lo relativo á la parte moral con el único objeto de que sirva de modelo y fomento el amor á la virtud y el odio al vicio, prescindiendo de teorías y sistemas por más ingeniosos que parezcan. Como en la Geografía, debe empezarse por probar su importancia y utilidad, presentando luego los hechos bajo un punto de vista interesante, y pintando los caracteres con vivos colores para aumentar su amenidad. En cada época debe tambien examinarse la civilizacion, estado social y progresos científicos y literarios, comparándolos con los de las anteriores, y además en la apreciacion de los hechos ha de observarse una estricta imparcialidad, acallando el espíritu de partido y presentándolos con claridad, sencillez y exactitud.

Por último, consecuentes con las ideas enunciadas al principio de nuestro humilde trabajo, y considerando la Historia y Geografía como ciencias gemelas, procuraremos referirlas una á otra en los puntos en que su mútuo contacto así lo exija. Al ocuparnos de alguna region ó paraje inmortalizado por algun gran hecho, ensangrentado por alguna terrible catástrofe, ó envilecido por algun abominable crimen, no dejaremos de prorumpir en un «¡aquí fué!»... que recuerde indeleblemente aquel hecho histórico. Y al mismo tiempo, en las revoluciones y trastornos de cada pueblo, examinaremos las regiones donde tuvieron lugar para sorprender la misteriosa influencia que sobre el carácter y pasiones del hombre ejerce la tierra que habita. De este modo, merced á la Historia y á la Geografía, podremos estudiar nosotros, peregrinos de un día, la marcha de los que nos han precedido en tan breve jornada, procurando con su ejemplo y con nuestra propia experiencia hallar el más seguro derrotero para llegar con la conciencia tranquila, á más excelso destino, inquiriendo de antemano las tres verdades que encierran en fecundo germen toda la ciencia: la verdad religiosa simbolizada en la revelacion; la verdad filosófica en todo lo que á la parte moral, intelectual y natural se refiere, y la verdad política que ha de resultar del conjunto armónico del orden y de la libertad.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

AMAD.

(SONETO.)

Amad, y brotará la melodía
De vuestras hondas fibras más secretas;
Rotos los lazos con que están sujetas
A miserable estéril atonía,
Se anegarán en fuego y ambrosía
Almas sin luz, como el invierno escuetas:
¿Anhelais convertiros en pöetas?
Buscad en las mujeres pöesia.
Su amor buscad, que la mujer al triste
Sabe inundar de bienhechor consuelo
Y de esplendores á las almas viste.
Amad, impíos, y si en vuestro anhelo
Dudar pudiérais de que el cielo existe,
Un beso os probará que existe el cielo.

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

LA CHISPA Y EL VIENTO.

Cayó una chispa en la casa;
Viento del Norte sopló;
La chispa tornóse brasa
Y la casa se quemó.
Mal hizo la chispa, á fé,
En sentarse á descansar
Sobre la casa; porque
Con fuego no hay que jugar.
Pero tambien debió el viento
Ver dónde la chispa estaba,
Y no soplar violento,
O mirar dónde soplabá:
Que la chispa, en el tejado,
Sola, aburrída y cansada,
Al fin se hubiera apagado
Y reducido á la nada.
Por eso el viento, á mi ver,
Fué delincuente al soplar,
Como, á veces, la mujer,
Es delincuente al mirar.
Así, no me echés á mí
La culpa de todo; pues
Si yo te he mirado á tí,
Tú me miraste despues.
Que, á haberme dado al olvido,
Y no habiéndome mirado,
Nada habria sucedido
De todo lo que ha pasado.

CONSTANTINO GIL.

Madrid, Diciembre 1879.

ESPECTACULOS.

Continúan en el Teatro Principal, y con gran descontento de los abonados, las representaciones de los eternos *sobrinos del capitán Grant*, que si han dado buenos llenos á la empresa, pueden proporcionar algun grave disgusto á los encargados de su interpretacion. Segun reza en los carteles, están en ensayo la parodia *Mefistófeles* y la zarzuela de gran espectáculo *Periquito*. Otras 20 representaciones de ésta, y ¡adios temporada!

VALBRIO.

Zaragoza: Imprenta del Hospicio Provincial.